

JINESTA QUESADA-ROMERO

Don Rafael Jinesta Quesada, hermano de los anteriores, se casó con doña Carmen Romero.

Hijos: 1.—Ester; 2.—Rafael; 3.—Misael; 4.—Raúl.

CHACON JINESTA-JINESTA

El Lic. don Hernán Chacón Jinesta, hijo de don Francisco Chacón Chaverri y doña Rosa Jinesta Soto, se casó en primeras nupcias con doña Ester Jinesta.

Hijos: 1.—Oscar; 2.—Alvaro; 3.—Jorge Luis; 4.—Sarita; 5.—Rodrigo; 6.—Leticia.

CHACON JINESTA-PACHECO PEREZ

En segundas nupcias, casó don Hernán con doña María Pacheco Pérez, hija de don José María Pacheco y doña Albertina Pérez Cruz.

Hijos: 1.—Maruja; 2.—Roxana.

CHACON JINESTA-MENA FERNANDEZ

Don Víctor Chacón Jinesta, hermano del anterior, se casó con doña Lilia Mena Fernández, hija de don Aristóteles Mena y doña Ernestina Fernández.

Hijos: 1.—Nelly, casada con don Rodolfo Nieto; 2.—María Isabel; 3.—Rafael Angel, casado con doña Pacífica Sobrado; 4.—Flory.

CHACON JINESTA-MURILLO

Don Francisco Chacón Jinesta, hermano de los anteriores, se casó con doña Elsa María Murillo.

Hijos: 1.—Roberto; 2.—Enrique; 3.—Mario; 4.—Rolando.

CHACON JINESTA-VARGAS

Don Fernando Chacón Jinesta, hermano de los anteriores, se casó con doña Nery Vargas.

Hijos: 1.—Manuel Franciso; 2.—Fernando.

El pueblo inglés

Por el Prof. Ernest Barker

(Fragmento)

Otro pensamiento del que quiero hablar es el que se refiere a las clases profesionales, y hasta me atrevería a decir la aristocracia profesional. Cuando hablamos de nuestro sistema y divisiones de clases inglesas olvidamos a me-

nudo la aristocracia profesional: las viejas y establecidas familias de funcionarios, abogados, médicos, maestros, clero, profesores universitarios, etc., y concentramos nuestra atención en la aristocracia de terratenientes, los pares del Reino, los grandes propietarios rurales, la clase aristocrática. Estos fueron muy importantes, y aún lo son, pero menos importantes que lo que fueron. Existe una nueva aristocracia inglesa, producto del siglo XIX, que en gran parte dirige a Inglaterra con su habilidad profesional, y dirige a Inglaterra como un trabajo profesional honroso y que es sencillamente un deber.

Si queremos comprender a la Inglaterra de hoy, debemos estudiar a los Butlers, los Pollocks, los Darwins y familias semejantes. Encontraremos que están casados entre sí y que producen una habilidad hereditaria; y también encontraremos que reclutan sus filas libremente por todo lo ancho y largo de Inglaterra. He aconsejado a menudo a los americanos que si quieren entendernos estudien a los Butlers o a los Darwins. Encontraremos a los Butlers realizando obras sólidas donde quiera que van los ingleses: gobernando provincias indias; actuando como directores de grandes escuelas; siendo directores o tutores de colegios universitarios; realizando, en suma, una buena obra profesional donde quiera que son solicitados. Una profesión no es una clase; es un cuerpo de habilidad especializada. El talento de los ingleses ha sido producir un cuerpo de tal habilidad, o un número de cuerpos de tal habilidad. Nuestros funcionarios civiles son un buen ejemplo de ello; nuestra profesión legal también; y también lo es nuestra ingeniería. Reclutamos estos cuerpos de habilidad especializada entre todas las clases: en la vieja aristocracia, en la clase media y en las clases obreras. Y siempre estamos haciendo nuevos cuerpos de habilidad especializada: nuevas profesiones. ¿Qué son los directores de nuestros gremios obreros sino una nueva y orgullosa profesión? Mi último pensamiento es un salto natural desde el pensamiento que acabo de expresar. Es un pensamiento acerca de la posición social, acerca de la doctrina y práctica inglesa de la posición social. Las profesiones son sólo un ejemplo de lo que llamo posición, pero la idea práctica de la posición o situación social se encuentra en toda la vida inglesa. Nuestra sociedad es una sociedad vieja, y en una sociedad vieja los hombres toman posiciones sociales y se adhieren a ellas. Estas posiciones son más rígidas que en un país nuevo como los Estados Unidos y el Canadá. Se fijan como tal cosa o tal otra, se adhieren a ellas, y están orgullosas de ser tal o cual cosa. En Inglaterra tenemos todas las posiciones; nos adherimos a nuestras posiciones; y los demás esperan que nos adhiramos a ellas, y que nos comportemos en consecuencia.

Naturalmente, estas posiciones son, en cierto sentido, desiguales: unas más altas, otras más bajas; unas muy arriba y otras muy abajo; y de ese modo parece como si todo estuviera graduado y jerarquizado, con un sentido de clase y esnobismo. Yo dudo de que sea así. Creo, al contrario, que es genuinamente democrático. Una sociedad de posiciones, con los hombres que se adhieren a sus posiciones y comportándose de acuerdo con ellas—esa es la sociedad que nosotros entendemos, y en términos de la cual nos comportamos naturalmente y sin dificultad. Una criada tiene el orgullo de su profesión.

Si la respetamos y se siente ella respetada, nos respetará, y nos entenderemos bien. El basurero de mi distrito—uno de los hombres más simpáticos y más guapos que conozco—tiene su posición, y un orgullo en ella. Yo le respeto a él, y él está dispuesto a respetarme a mí a base de mi posición. En Inglaterra todos pensamos en forma de posición social.

Por eso es por lo que nos llevamos bien unos con otros con tal de que sean respetadas las posiciones, y con tal de que todos nos comportemos en conformidad con lo que nuestras profesiones exigen. Un maquinista del ferrocarril tiene una posición muy buena, y cuando la consigue se adhiere a ella por toda su vida. Un profesor tiene también una buena posición. Yo he gozado de esa posición y no creo que sea mejor que la de un maquinista. (Me es difícil pensar en una posición que sea más apetecible que la del maquinista que guía el expreso rápido de Escocia). Formo parte del espectáculo o solemnidad de la vida inglesa, con toda su complicación de posiciones sociales, y con cada uno de nosotros quien guarda su posición. Hay para mí algo muy alentador en esa idea. Es una antigua idea inglesa, antigua que data del siglo XVI, tan antigua como la liturgia de la Iglesia Anglicana, que nos enseñó a pensar en cumplir con nuestro deber en cualquier estado de vida o posición a que Dios quiera llevarnos. (El ritual dice “quiera”, y no, como suele equivocadamente decirse, “ha querido”. Ya desde el siglo XVI hemos pensado en los hombres que ascienden a alguna nueva posición, como que Dios “quiere”. Pero también hemos pensado en que una vez en ella, se adherirán a ella y la adornarán.)

Nuestra práctica de la posición, que confieso me gusta, ha sido oscurecida, o tergiversada, por la doctrina marxista de clases. También ha estado mezclada, desgraciadamente con la busca del dinero, y con el deseo de subir el valor en dinero y la clasificación por el dinero de cada posición. Desearía que las posiciones sociales quedaran desligadas de la valuación pecuniaria, y tomadas por ellas mismas, como una concepción bella y noble en sí misma. Pero eso es pedir tontamente la luna, pues la valuación pecuniaria tiene que acompañar a la posición, y hasta es una parte del orgullo que uno siente por su profesión el que ésta tenga una buena valuación pecuniaria. Sin embargo, no puedo menos que pensar que cada día nos acercamos más a sentir orgullo por la posición en ella misma y por ella misma. Ese es el camino que deberíamos seguir, pues es el verdadero camino de la Confederación Británica, ese “cuerpo político compacto de todas clases y grados de gentes”, de que hablaban nuestros antepasados de tiempos de la Tudor, y al que tenemos orgullo de pertenecer, cada uno en nuestra posición, según donde mejor podamos servirla. La procesión, el espectáculo, la solemnidad de la vida inglesa—su articulación en un esquema de partes dependientes unas de otras—todo depende del sentido de la posición social.

Pero esa posición debe ser libremente encontrada y voluntariamente retenida. ¿No vamos acercándonos cada vez más a esa libertad para encontrar nuestra posición y guardarla voluntariamente, de acuerdo con nuestra capacidad natural, es decir, de acuerdo con lo que Dios “quiera”? ¿Y no está

la igualdad más firmemente cimentada y arraigada cuando está basada en posiciones encontradas y guardadas en esa forma, y siempre en todas partes mutuamente respetadas?

De "Inglaterra Moderna". N° 87, págs. 17 a 19.

Un ilustre rector de la Universidad de Santo Tomás

Dr. Rafael Nicolás Gallegos Castro

Por Rafael Obregón Loria

Vió la primera luz en San José, el 30 de agosto de 1818; era hijo natural de doña María Gallegos Alvarado y del Presbítero don José Antonio Castro; realizó sus primeros estudios en la escuela que su tío don José Rafael Gallegos, quien fué Jefe de Estado de Costa Rica, sostenía en colaboración con don José Santos Lombardo, y luego los continuó en la Casa de Enseñanza de Santo Tomás, donde sobresalió por su claro entendimiento y su amor a la lectura; fué allí discípulo distinguido del Bachiller Rafael Francisco Osejo, del Doctor Nazario Toledo y del Presbítero Juan de los Santos Madriz. También gran parte de su ilustración la debió al Presbítero Castro, su padre, con quien siempre estuvo vinculado íntimamente, y quien era hombre de cultura y uno de los integrantes de aquella "Tertulia Patriótica" de nuestros primeros años de independencia.

Acabó Gallegos de completar su cultura en la República de Guatemala donde se graduó de Bachiller y Maestro en Artes. El dos de enero de 1839 en acto que dedicó al Presbítero don Juan José Aycinena, cuya apología hizo en su discurso.

Habiendo regresado a Costa Rica, y al inaugurarse la Universidad de Santo Tomás en 1844, fué nombrado el señor Gallegos, primer catedrático de Filosofía del establecimiento, desempeñando este puesto en varias ocasiones y con tanta autoridad, que siempre sus discípulos pronunciaron su nombre con el mayor respeto y cariño. Para muchos de ellos, su profesor era un sabio, pero el señor Gallegos, con la excesiva modestia que caracterizó siempre su vida, trataba de esconder en todo momento sus méritos y sus conocimientos. En uno de sus discursos pronunciados en la Universidad se dirigía en esta forma a sus discípulos: "...El honor que pueda atribuírseme de vuestros adelantos, sólo se debe a vuestra constante aplicación, y con toda franqueza confesaré que la pequeña parte que por haberos transmitido los principios generales de Filosofía, pudiera caberme, la obtengo